

## CON LOS GUATUSOS DE ANTAÑO

En la Biblioteca Nacional de Madrid se encuentra la única copia del texto del diario de viaje de la expedición hecha en 1783 por el obispo de Nicaragua y Costa Rica, Estevan Lorenzo de Tristán y sus acompañantes, al territorio de los indios guatusos.

El manuscrito original se encontraba en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos de Guatemala; en ella lo vió y trabajó con él, León Fernández en 1876 en el curso de sus investigaciones históricas y así lo dejó consignado en la introducción a la "Colección de documentos para la historia de Costa Rica" (1881). Después de su manejo por León Fernández para la publicación, el rastro del diario —definido por el ilustre historiador "uno de los documentos más interesantes de la época"— se ha perdido: el mismo León Fernández, declaró que, en visitas sucesivas a la biblioteca, le fue imposible localizarlo, por lo que es de presumir que se extravió definitivamente. Sólo queda una copia manuscrita de los originales y es el documento conservado en Madrid, que se aludía anteriormente. En 1889, el hijo de don León, Ricardo Fernández Guardia, editó con el título "Historia de Costa Rica" una serie de documentos recogidos por su padre, entre los cuales se incluía una transcripción parcial del diario.

A finales del año pasado, el Dr. Adolfo Constenla, experto lingüista de la Universidad de Costa Rica con un excelente "currículum" científico a su activo, ha publicado en los Estados Unidos, junto con Helia Betancourt, una edición crítica del diario de aquella "entrada, con introducción, notas, etcétera. Pero no se ha conformado con ello. De los sucesos reseñados en el documento colonial, existen también dos versiones indígenas que se tramandan oralmente en la comunidad guatusa y que fueron recogidas (abril de 1970) por el propio Constenla, a

Antonio Blanco, originario de Palenque Margarita, una de las tres localidades en las llanuras del norte de Costa Rica, donde sobreviven cerca de doscientas personas de aquel grupo étnico. Junto con la crónica colonial, el Dr. Constenla ha publicado en el texto original y la traducción española, las dos versiones indígenas, con respectivas notas aclaratorias. Lo someramente apuntado hasta aquí basta para evidenciar la importancia y el interés de esta investigación que pone al alcance de los estudiosos la crónica de unos acontecimientos poco conocidos del pasado colonial.

Ni qué decir que los textos español y guatusos difieren profundamente sino por el contenido —que, grosso modo, viene a ser el mismo, pese a algunas omisiones, a errores de transcripción y a unos cuantos detalles— por las características mismas del relato. La relación española (mencionada por primera vez en el III tomo de las "Memorias para la historia del Antiguo Reino de Goatemala" publicadas en 1852 por Francisco de Paula García Peláez), la relación española es rica en detalles descriptivos que también se refieren a varias localidades de Nicaragua; abunda en referencias curiosas; es bastante amena y encaja perfectamente en el género "crónicas de viajes" de la época. La relación, mejor dicho, las relaciones indígenas, mucho más concisas e ingenuas, reflejan las costumbres e idiosincrasias del grupo étnico; miran a lo esencial y no carece de dramaticidad y poesía. En el prólogo, Constenla explica con mucha claridad el origen y las motivaciones de

los enfrentamientos que, en aquella oportunidad, desembocaron en la muerte de Fray Tomás López, un religioso de San Francisco de Térraba, que se había unido a la misión evangelizadora y que fue capturado y matado por los guatusos. En 1778, el mismo padre López, acompañado por indios de Tortuga, Orosí y Solentiname, había entrado por el Río Frío, pero sus acompañantes, tan pronto habían divisado balsas guatusas, habían huido río abajo dando por terminada la expedición. Nuevamente, en 1782, los padres López y Alvarado recorrieron desde el volcán Tenorio hasta cerca del Lago de Nicaragua, mas sin poder establecer contacto con los indios. De paso aclara el Dr. Constenla y con lógica argumentación, que las varias "entradas" al territorio de los guatusos, anteriores a la expedición del Obispo Tristán y luego de Monseñor Thiel (con la salvedad, por supuesto, de cuando un destacamento del ejército costarricense que se dirigía desde Alajuela al Río San Juan para atacar a los filibusteros norteamericanos se extravió en territorio guatuso y fue atacado por los indios y de las sucesivas incursiones de los caucheros), no lograron establecer contacto con aquel grupo étnico sino con otras tribus que moraban en las márgenes del Río Frío y sus afluentes; las ramas del Río Zapote, hoy extintos y que, en diminuto porcentaje, también vivían en el Archipiélago de Solentiname.

Apunta el Dr. Constenla, al analizar las dos versiones indígenas, que "ambas son muestras del género narrativo de la literatura oral guatusa, cuyos temas son la historia de la tribu y la interacción de los hombres con seres sobrenaturales o extraordinarios". En el caso espe-

cífico, explica, "parece probable que el recuerdo del acontecimiento, que fue posiblemente el primer contacto de la tribu con el hombre blanco, se mantuviera en la tradición oral guatusa y fuera posteriormente reforzado por las versiones del hecho que deben haberse conservado también en Nicaragua, en particular en el puerto de San Carlos que, en el siglo XIX, sirvió de bases de operaciones a los caucheros y al cual eran llevados los guatusos cautivos".

Además de constituir una mina de informaciones del mayor interés; de ayudar a los especialistas en la no fácil tarea de aclarar incógnitas relacionadas con la geografía física y humana del pasado; de enriquecer la literatura indígena, las crónicas rescatadas por el Dr. Constenla y su colega de investigación se leen con singular deleite y merecen ser señaladas por no sé qué "encanto" que se desprende de sus páginas. En el marco de su exhuberante naturaleza, el mundo físico centroamericano se ofrece al lector de estos relatos con la extraordinaria evidencia de una realidad aún no afectada por los adelantos de la técnica y que mantiene intactos sus milenarios atractivos naturales. Por lo que se refiere a las costumbres, a las ideas, a la "manera de vivir" que las crónicas reflejan, el balance —me parece— se cierra en números rojos. Pero para los hombres de nuestro siglo, no para sus antepasados.

Y no es pequeño mérito del Dr. Constenla haberlo demostrado clarísimamente en este excelente trabajo que esperamos ver circular pronto también en Costa Rica.

F. C.